

VENTURA Y DESVENTURA DEL ANIMAL HUMANO

Una antropología filosófica



Miguel Buendía Muñoz

Libro acompañado del C.D.

PENSAR SIN MULETAS. Materiales didácticos
para la asignatura de Filosofía en 1º Bachillerato

LOW
COST

books

ÍNDICE

I-. EL ANIMAL INSATISFECHO	11
1-. El amanecer del hombre	13
1-. Huesos o armas, primates y homínidos	
2-. Del orden al caos: inconvenientes de pensar	
3-. En busca de sentido: del medio natural al mundo humano	
2-. Sobre los medios y los fines humanos	21
1-. La especie olvidada por Epimeteo	
2-. Meditación sobre la insuficiencia de la técnica	
3-. Apología de la política	
4-. Servidumbre política de los medios técnicos	
II-. ¿NACEMOS O NOS HACEMOS HUMANOS?	33
1-. Lo natural y lo humano.....	35
1-. ¿Renunciamos a la política imitando el proceder de la naturaleza?	
2-. Exclusión de lo específicamente humano del ámbito natural	
3-. Teleología vs. mecanicismo de la naturaleza	
4-. Crítica del darwinismo social	
5-. ¿Es global la globalización? Capitalismo e imperio	
6-. Solidaridad y ecologismo: presupuestos antinaturales de los fines humanos	
7-. Dificultades de excluir de lo natural lo específicamente humano	
8-. Reinserción de lo específicamente humano en lo natural	
2-. Humanos, ¿demasiado humanos?	53
1-. Miseria histórica del antropocentrismo	
2-. ¿Somos genéticamente tan distintos?	
3-. ¿Somos culturalmente únicos?	
4-. ¿Por qué podemos aprender lo que aprendemos (a hablar, por ejemplo)?	
5-. El animal a medio hacer	
6-. Reivindicación de la naturaleza humana	
7-. ¿Qué somos: algo más o algo menos que el resto de los seres vivos?	
8-. ¿Podemos concebirnos libres e iguales si reconocemos nuestras predisposiciones innatas?	
3-. El animal socialmente insociable.....	69
1-. ¿Existe una predisposición moral innata en el hombre?	
2-. Darwin: la génesis evolutiva del sentido moral a partir de los instintos sociales	
3-. Freud: la represión de nuestros instintos como origen de la moralidad	
4-. Skinner: ni nacemos ni nos hacemos, nos hacen	
5-. Lorenz: ¿podemos inhibir nuestra innata agresividad?	
6-. La Sociobiología: el altruismo como egoísmo genético	
7-. Dawkins: genes, memes y libertad	
8-. ¿Nacemos, nos hacemos, nos hacen?	
9-. Nacemos, nos hacen... pero nos hacemos	

III-. RESPUESTAS A LA PREGUNTA QUÉ ES UN MUNDO.....103

1-. El hombre como araña.....	105
1-. Qué es un mundo y cuántos mundos hay	
2-. Mundos y universos simbólicos	
3-. El animal enfermo	
4-. ¿El arte como fármaco?	
5-. La técnica como fármaco	
2-. La infancia de Sísifo.....	121
1-. Un medio excepcionalmente humano	
2-. Niños y homínidos	
3-. Niño girando en el tiovivo	
4-. El primer juego de construcción del niño	
5-. ¿Quieres que te cuente un cuento?	
6-. ¿A quién quiero parecerme?	
7-. Colorín, colorado...	
3-. Ventura y desventura de Sísifo.....	139
1-. El mito de Sísifo	
2-. El sueño de la razón produce monstruos	
3-. Sísifo el bienaventurado	

IV-. INTELIGENCIA ARTIFICIAL: ¿PODEMOS PENSAR LOS HUMANOS?.....151

- 1-. Humanos y máquinas
- 2-. ¿Pueden pensar las máquinas?
- 3-. Gallinas lecheras y vacas ovíparas
- 4-. ¿Democracia o tecnocracia?
- 5-. Ventura y desventura del animal humano
- 6-. Malos tiempos para la lírica, pésimos para la épica

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA LIBROS

Un epílogo provisional*.....	173
1-. La biblioteca de Babel	
2-. La vuelta al mundo en ochenta mundos	
3-. Recuerdos del porvenir	

Anexo 1-. Interlocutores de este libro.....	183
--	------------

Anexo 2-. Índice de contenidos del C.D. PENSAR SIN MULETAS

Materiales didácticos.....	189
-----------------------------------	------------

* Aunque aparece como su *epílogo*, este último apartado también puede ser leído como *prólogo* del libro. Dejo en manos del lector que decida la ubicación definitiva de estas páginas.

I.1-. El amanecer del hombre

«*Dos cosas amenazan al mundo: el orden y el desorden*»
Paul Valéry

«*El caos es un orden por descifrar*»
Libro de los contrarios

Se cuentan por millones los años que este trozo de tierra –la Tierra lo llamamos, como si ninguna otra hubiera en el universo– se traslada elípticamente en torno al Sol. Gira a la par sobre su eje de forma que el astro al que adeuda la vida haga posible ese rutinario relevo de la noche al día que denominamos *amanecer*.

Sí, así viene ocurriendo desde hace millones de años y, una vez más, mientras la noche cubre de sombras otros muchos rincones del planeta, amanece de nuevo en un lugar en el que vamos a dejar que aterrice nuestra imaginación.

Es un paraje muy árido, casi desértico: muy pocos árboles encontramos en la inmensa llanura, apenas poblada por algunos arbustos diseminados por ese mar de arena que divisamos.

5 Dificil debe ser la vida para ese grupo de animales que ahora observamos: la poca vegetación es consecuencia de una gran escasez de lluvias y, al faltar el agua, pobre igualmente será la presencia de otros animales que pudieran servirles de alimento. Se trata de un grupo de primates que, aunque se disputan con unos cuantos tapires los alimentos que ofrecen unos matorrales, parecen haber asumido instintivamente la necesidad de convivir compartiendo los escasos recursos vegetales.

10 Poco dura, sin embargo, esa pacífica convivencia. Desde un pequeño montículo que quiebra el terreno un leopardo se abalanza sobre uno de los monos: así satisface el hambre acumulada desde hace algunos días.

15 **Observemos**, otro día, la vida de los primates: se afanan esta vez en saciar su sed utilizando para beber el cuenco que forman sus manos. Lo hacen en una charca –uno de los pocos lugares donde encontrar agua en ese hábitat desértico– cuyo disfrute casi han monopolizado.

20 Pero pronto acaba, de nuevo, su sosiego. Otro grupo de primates, de una especie de mayor corpulencia, se acerca a la charca dispuesto a tomar posesión de la misma. El enfrentamiento es, en principio, incruento: sus gritos y una abundante gesticulación son las únicas armas que blanden los adversarios. No hay roces entre ellos, nada de sangre; con mirarse unos a otros se hace patente que la superior fortaleza de los visitantes les otorga el derecho de dominio sobre la charca. Sus antiguos propietarios la abandonan reflejando en sus gestos que saben, por instinto, el cruel destino que les aguarda.

30 **Asistimos** a otro amanecer sobre ese paraje que imaginativamente estamos visitando. A la luz del día volvemos a encontrar al leopardo: esta vez es una cebra la que yace muerta a su lado.

35 Anochece. Visitemos ahora la cueva en la que el grupo de primates que abandonó la charca rumia su derrota. Sólo los más pequeños duermen; el rostro de los adultos refleja, por el contrario, una especie de duermevela teñida de preocupación: la carencia de agua, en un entorno tan árido como el que habitan, constituye una amenaza mortal para sus vidas.

Una vez más la noche da paso al día: un día que, desde el amanecer, promete ser bastante singular en la vida de los primates. Un extraño sonido los arranca del sueño al que, finalmente, acabaron cediendo la noche anterior. En el exterior

1-. Huesos o armas, primates y homínidos

* *El amanecer del hombre*
(Stanley Kubrick)

40 de la cueva, emergiendo del seno de la tierra, comienza a erigirse un extraño
monolito cuya presencia atemoriza a los animales. Conforme se eleva los
monos van perdiendo el miedo que inicialmente les provocara: se acercan a
él, lo rodean; gritan inquietos dando rienda suelta a sus temores hasta que uno
45 de ellos, el más atrevido, se anima a husmearlo, a tocarlo. No le pasa nada: así
parecen entenderlo los demás imitando el gesto del que tomó la iniciativa.

Mientras los monos manosean el monolito, un haz luminoso comienza
a enfocarlo desde lo alto: parece como si el sol y la luna, al unísono, hubieran
concertado iluminar ese singular objeto que, desde las entrañas terrestres, se ha
erigido como un mojón que dividirá en dos el devenir evolutivo de los primates.

50

No podemos asegurarlo, pero no sería absurdo identificar ese mono
que ahora vemos deambular entre un montón de huesos –restos tal vez del
festín de algún felino– con aquel que tomó la iniciativa de tocar el monolito.
Imaginemos que es así, que es él: se entretiene cogiendo algunos de los huesos,
55 pero desinteresado pronto los deja caer al no encontrar en ellos remedio para
el hambre.

Ahora agarra un fémur y golpea con él otros huesos: aburrido juguetea hasta
que, en sus gestos y en su mirada, intuimos que algo semejante a eso que hoy
llamamos *pensamiento* recorre novedoso las neuronas de su cerebro.

60

Y puestos a imaginar, imaginemos... Supongamos que podemos acceder a
su cerebro y a las imágenes de las que él –mientras insiste en golpear con ese
hueso– está tomando conciencia: rememora primero la imagen del monolito,
un recuerdo que puede parecernos caprichoso. Después –a la vez que se yergue
65 asiendo el fémur con su mano derecha y se agacha para golpear varias veces una
calavera que hay en el suelo–, la imagen de un tapir desplomándose bajo el peso
de sus golpes recorre sus neuronas.

Podemos suponer fácilmente qué es lo que ocurrió unas horas o unos días
después. Sin abandonar el primate su instrumento de caza –omitamos la escena
de la caza, pues ya hemos asistido a ella en su imaginación– aquél comparte
70 con los suyos la carne de un tapir. No es raro que al banquete asistan indife-
rentes otros tapires cuyo instinto aún no les ha advertido que la convivencia
pacífica con esos *primates* –¿debemos seguir llamándolos así?– ha acabado.
Otra cosa curiosa podemos observar: los *primates* más jóvenes miran inqui-
sitivos alguno de los huesos del animal; al verlos, da la impresión de que se
75 pregunten qué extraño poder subyace en un hueso que puede convertirlo en
algo con lo que sus mayores han dado muerte al tapir que están devorando.

Saciada su hambre, el grupo de *primates* –no vamos a cambiar a esta altura
del relato, a punto de finalizar, su denominación– desea saciar su sed. Y cómo
lo van a hacer es bastante previsible: se encaminan hacia la charca que les fue
80 expropiada, blandiendo varios de ellos alguno de los huesos que conformaron la
osamenta del tapir.

Al llegar a la charca encuentran, desde luego, al grupo de monos cuyo
mayor poderío les permitió conquistarla. Pero el desequilibrio de fuerzas –
nosotros lo sabemos– ya no es el mismo: erguidos sobre las patas, los *prima-
85 tes* expulsados agitan sus huesos como quien muestra un trofeo, sabedores de
que otro trofeo, el agua, está al alcance de sus manos precisamente porque
con ellas empuñan sus armas. Extrañados por la presencia de unos visitantes
a los que ya derrotaron los propietarios de la charca no parecen, sin embargo,
alarmarse.

90

La confianza en la victoria por ambas partes determina que en esta ocasión
no sean suficientes los gritos para dirimir quiénes han de permanecer en la
charca. Asiendo fuertemente el fémur que lleva en la mano, el líder de uno de
los grupos –ya podemos intuir de quién se trata– se aproxima hasta donde se
ha adelantado el líder de los otros y rápidamente le asesta un golpe mortal en
95 la cabeza. Mana la sangre del mono herido, mientras sus compañeros comien-
zan a advertir que la situación ha cambiado: que ya no sirve de nada esa mayor
fortaleza física con la que antaño conquistaron la charca. La abandonan, pues,
apresurados, mientras los otros celebran su conquista. Como expresión de gozo,

100 el líder del grupo arroja hacia lo alto el instrumento que le ha otorgado la victoria: un simple hueso que sin llegar a caer reaparece, en algún lugar lejano del universo, convertido en... una nave espacial. THE END (por ahora...).

→ Actividad I.1.A: S. Kubrick

En los cines de mi infancia –aquellos de doble sesión precedida por el NODO– teníamos la sana costumbre de celebrar con un alborozado patear del suelo y los correspondientes aplausos las incidencias filmicas que se hacían merecedoras de ello. Si en *una del oeste*, por ejemplo, el bueno, a lomos de blanco corcel, salvaba a la chica raptada por el malo –que cabalgaba, casi siempre, en cojitranco caballo negro– un estruendoso entusiasmo recorría el patio de butacas hasta que el acomodador, linterna en mano, ponía fin al terremoto. Y si he calificado como *sana* la costumbre es porque, en cierta medida, aquel alborozo no era sino expresión inconsciente de nuestra conformidad con la manera, eficaz y sencilla, empleada en el salvaje oeste de impartir justicia: un par de tiros para el malo (pobrecillo, pero que no hubiera sido tan malo...) y *el orden* de las cosas –al que incluso se podía añadir la sencilla pero encantadora ceremonia de boda del bueno con la chica– se restablecía inmediatamente retornando las aguas al río del que nunca debieron salir.

Te cuento esto, compañero lector, porque al finalizar el relato precedente he recordado aquella forma infantil de entender la justicia, que, por diversas razones, creo que ambos podríamos haber aplicado como colofón del relato que hemos compartido. Pensemos en tales razones y verás como teníamos motivos para acompañar con aplausos el júbilo de los *primates* –pronto dejaremos de llamarlos así– que recuperaron la charca.

El primer motivo me parece evidente: aunque te he presentado los hechos por escrito, mi narración –saltándome a la torera la sentencia de que “*una imagen vale más que mil palabras*”– no ha sido sino la traslación al papel de unas imágenes que originariamente pertenecen al celuloide: el comienzo de la película *2001. Una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick¹.

El segundo es, *humanamente*, muy fácil de compartir: si, como habrás comprendido, hemos asistido juntos al inicio de la *odisea (terrestre)* que vivieron nuestros antepasados los *homínidos* –no volveremos a llamarlos *primates*–, ¿qué menos podemos hacer que mostrar nuestro entusiasmo en relación con los hechos que posibilitaron que tú y yo estemos aquí? Si han ganado los buenos y, además, los buenos eran de *los nuestros* (aunque fueran nuestros *tatarabuelos...*), ¡aplaudamos su victoria como si fuera la nuestra! ¿no?

Y el tercer motivo, profundizando un poco más en el hilo argumental de la narración, tampoco parece irrelevante: si en el cine de mi infancia nos entusiasmaba, aun no siendo conscientes de ello, el reestablecimiento del *orden* por parte de los buenos, ¿acaso no se ha reestablecido cierto *orden* cuando los primates expropiados han recuperado, aunque ya lo hayan hecho como homínidos, el disfrute de la charca?

Podríamos seguir alegando razones que avalaran nuestro entusiasmo o profundizando en las expuestas; pero, sinceramente, me parece bastante simplista la identificación que te vengo proponiendo entre nuestra génesis evolutiva y una película de vaqueros, animándote así a que muestres conmigo un entusiasmo que ni siquiera yo comparto.

¿Por qué? Para responderte se me ocurren también varias razones, pero me limitaré a exponer aquellas que refutan los tres motivos antes expuestos.

a. Razones para entusiasrnos con el relato filmico del inicio de la hominizaci3n

b. Refutaci3n de las razones precedentes

¹ «El centinela» (1953) es el relato corto de Arthur C. Clarke que inspir3 el gui3n de *2001. Una odisea del espacio* (1968) de Stanley Kubrick, una pel3cula de la que fueron coguionistas ambos autores. En ese mismo a3o, 1968, A. C. Clarke public3 la novela hom3nima *2001. Una odisea del espacio*, escrita a partir del gui3n. Mi propio relato est3 directamente inspirado en el inicio de la pel3cula, un fragmento de unos veinte minutos del que he tomado el t3tulo «El amanecer del hombre», y tambi3n pretende ser una humilde transcripci3n literaria de las im3genes filmicas.*

* Para reducir en lo posible la extensi3n de las abundantes *notas a pie de p3gina* he omitido en ellas las referencias editoriales de casi todos los materiales que he utilizado: 3stas pueden consultarse en el Anexo 1. Aclarar3 adem3s que las *l3neas de contenido* (a, b, c, ...) que aparecen en los m3rgenes, junto al texto, integran por acumulaci3n un esquema de cada cap3tulo. El conjunto de tales esquemas lo he recogido en el archivo B2 del C.D. *Pensar sin muletillas*.

Respecto al primero –por el que te animaba a aplaudir por el simple hecho de haber leído el relato escrito de una película–, no olvidemos un dato importante: me he limitado a narrar los veinte primeros minutos de una película que dura más de dos horas, por lo que sería conveniente aplazar nuestras muestras de entusiasmo, si han de producirse, hasta la conclusión de la misma. Me comprometo, en este sentido, a contarte más adelante –mucho más adelante: al iniciar el Capítulo IV–, si no el final de la película, sí al menos otro episodio fundamental de su argumento, de forma que puedas decidir entonces si aplaudir o no los hechos que en conjunto se narran.

Y si no parece oportuno mostrar apresuradamente nuestra opinión en relación con una película apenas iniciada, ¿no lo es menos mostrarla sobre la epopeya que la humanidad inició con el proceso de hominización, si nos hemos limitado a considerar «*el amanecer del hombre*»? Antes que aplaudir ese amanecer humano –y, desde luego, sin plantearnos aguardar al ocaso de la humanidad, qué ójala nunca se produzca– se me antoja que la historia que con él arranca, más que reclamar nuestro entusiasmado aplauso, exige nuestra sosegada reflexión. Demanda, en suma, hacer balance no del acontecer evolutivo que la originó – asunto absurdo de valorar en tanto que determinado por el devenir de la evolución biológica–, sino más bien de los hechos que se han sucedido desde el momento en el que la razón y la libertad nos hicieron a los seres humanos responsables de nuestro destino, así como del destino del planeta que habitamos.

Dispuestos, por lo tanto, a reflexionar con sosiego, no lo aplacemos más y apliquémonos a ello para refutar el tercer motivo que más arriba consideramos. Questionemos, para empezar, el vocabulario *humano* (*demasiado humano...*) que he empleado –consciente, sinceramente, del error– en mi narración de las disputas de los dos grupos de primates: *propiedad*, *expropiación*, *derecho de dominio*... ¿Resultan aceptables estas expresiones en el contexto narrativo en el que nos movíamos, descriptivo del enfrentamiento de dos especies de primates por garantizar su supervivencia saciando la sed en una charca? No, desde luego que no: hemos aplicado un vocabulario legal –que sólo tiene sentido en el contexto social, humano– al ámbito de la naturaleza, completamente ajeno a estos legalismos. Y, en consecuencia, tampoco parece apropiado afirmar que los homínidos –anteayer primates–, al recuperar la charca, reestablecieron *orden* alguno, pues sería absurdo considerar que formaba parte del *orden natural* que su especie monopolizara ilimitadamente el disfrute de un recurso natural escaso como el agua.

Y no sólo eso, sino que si reflexionamos más fríamente (olvidando especialmente que los hechos describen la génesis evolutiva de *los nuestros...*), podemos incluso afirmar que ese acontecimiento singular que supuso la invención del primer instrumento, en el que hemos situado el comienzo del proceso de hominización, más que constituir un primer paso para el reestablecimiento de *orden* alguno, introdujo un profundo *desorden*, el *caos*, en el hábitat natural donde aconteció.

Esta última afirmación no pretende, desde luego, que tornemos en lamento el entusiasmo que nos embriagó al asistir a los albores de nuestro devenir evolutivo; la intención, como se verá, es otra, pero para entenderla será conveniente que profundicemos desapasionadamente en nuestras reflexiones².

2-. Del orden al caos: inconvenientes de pensar

Prosigamos, pues, retornando a ese acontecimiento en el que hemos situado el inicio de la hominización [líneas 60-66]: la invención del primer *instrumento* al utilizar un fémur como arma. Respecto a este hecho podríamos, bien pensado, plantearnos una duda: ¿se ha producido una auténtica *invención* cuando, en el fondo, el primate se limitó a usar el fémur tal y como lo encontró, sin realizar

2 Hagamos, no obstante, una pausa en estas reflexiones sobre el proceso de hominización para justificar mi elección de un fragmento fílmico como base de las mismas. ¿Por qué no he comenzado con una más rigurosa exposición científica, en vez de recurrir a una visión artística –la película, a mi juicio, es una obra maestra del llamado *séptimo arte*– del inicio de aquel proceso? Especialmente por un motivo: en unas pocas secuencias fílmicas –que no traicionan, en lo fundamental, la versión científica de los hechos– S. Kubrick nos ofrece unas cuantas pinceladas sobre el inicio de la hominización que, para las intenciones de estas páginas, resultan más que suficientes. Igual que Picasso con el *Guernica* –que no constituye, desde luego, una rigurosa exposición histórica de la Guerra Civil española– nos puede hacer pensar sobre las consecuencias de esos tristes acontecimientos de nuestro pasado, S. Kubrick, con su esquemática exposición de nuestros orígenes evolutivos, nos aporta materia suficiente para reflexionar sobre ellos.

en él ninguna transformación que lo convirtiera en el *instrumento* del que hablamos? No, no ha habido transformación alguna –tendríamos que responder– si nos limitamos a atender a la materialidad del objeto: fémur era, y fémur siguió siendo. Pero si podemos considerarlo un arma, un instrumento, no es porque algo nuevo se haya materializado en el *objeto* –ya llegará el momento de que se tallen piedras para convertirlas en hachas (aunque, por amor, sigamos hoy regalando flores que nos hemos limitado a cortar)–, sino por algo que ha ocurrido en el *sujeto* que lo tomó como un simple hueso y acabó utilizándolo como un arma.

Y ese algo, ese acontecimiento mental que nos permite considerar *homínido* a su protagonista, le ha posibilitado otorgar al objeto una utilidad (cazar un tapir) distinta de la que instintivamente tenía para él: en este caso ninguna, pues se trataba de un hueso descarnado que de poco podía servirle. Este proceder –el de buscar utilidades, *finalidades* alternativas a las cosas– podemos considerarlo [58–59] como germen del *pensamiento* que evolutivamente nos une con aquel primer antepasado nuestro. Y lo podemos llamar *pensamiento* porque pensar no es, la mayor parte de las veces, sino establecer unos *fin*es y los *medios* adecuados para conseguirlos, algo que en el relato realiza doblemente el homínido cuando intenta satisfacer su hambre y su sed utilizando como *medio* el arma que ha inventado.

Frente a estos argumentos cabría alegar, desde luego, que los animales también actúan de acuerdo con el esquema *medios-fines*: el leopardo, por ejemplo, utiliza sus propias fuerzas (sus *medios*) con el *fin* de alimentarse. Fue, sin embargo, específico de los homínidos (y lo heredamos los humanos...) la capacidad de innovar el catálogo de *fin*es –por ejemplo, matar un tapir, un animal con el que habían convivido los primates sin considerarlo una presa para ellos– así como el de los *medios* para lograrlos: inventando, en este caso, el instrumento que le dotó con una fortaleza de la que naturalmente carecía.

Esta capacidad innovadora, inagotable desde que la iniciamos, ha supuesto para nuestra especie un progresivo alejamiento del *instinto* determinante de la vida animal que, sin desaparecer en nosotros, se ha visto marginado por lo que –con un orgullo a menudo injustificado– llamamos nuestra *racionalidad* y nuestra *libertad*³.

Olvidemos, no obstante, esas grandilocuentes palabras, para no perder de vista una afirmación cuyo significado en absoluto hemos clarificado. Como recordarás, rectificando mi versión optimista del relato –según la cual el homínido, gracias a su inventiva, habría reestablecido cierto *orden* de las cosas– defendí más arriba que la invención del primer instrumento o, lo que es lo mismo, la irrupción del *pensamiento* en un hábitat hasta entonces exclusivamente regido por el *instinto*, había introducido el *desorden*, el *caos* allá donde aconteció.

Pensemos, para entenderlo, en el equilibrio natural preexistente a ese hecho innovador, y cómo instintivamente lo tenía asumido el grupo de primates protagonista de nuestro relato. De forma simplista –y ciñéndonos a las imágenes de dicho relato– podríamos resumirlo así: relaciones de convivencia con los tapires (compartiendo los escasos recursos vegetales), que, al igual que los primates, serían presa fácil para los leopardos; y respecto a la otra especie de primates, una relación de sumisión, que se traduce en la forzosa cesión de la charca.

Ese era el equilibrio natural en el que nuestros antecesores apenas malvivían, arriesgándose como especie –igual que otras muchas que en el mundo han sido– a la desaparición... Pues bien, es ese *medio* natural, a su manera *ordenado*, el

a. El pensamiento como gran innovación humana

b. Consecuencia de la irrupción del pensamiento: introduce el caos en hábitat ordenado por los instintos

3 Estas páginas no pretenden ser un breve tratado de Etología, ni respecto al comportamiento animal en general ni, en particular, respecto al de los homínidos que evolutivamente nos precedieron. Por ello, en las siguientes argumentaciones voy a pecar, deliberadamente, de esquemático o simplificador en un doble sentido: por una parte, al comparar el comportamiento humano con el del resto de los animales –una comparación en la que no realizaré matización alguna sobre el distinto comportamiento de las diferentes especies–; y, por otra, al no considerar las sucesivas etapas evolutivas que nuestros antepasados homínidos debieron recorrer hasta alcanzar la forma de comportamiento que nos atribuimos como *homo sapiens sapiens*. Más adelante –especialmente en los Capítulos II.2 y II.3–, abordaremos algunas cuestiones que sí tendrán en cuenta algunas de esas diferencias. Lo que no aplazare, no obstante, es una precisión terminológica sobre el término “*homínido*”, cuyo uso en estas páginas será semejante al que defienden, en segundo lugar, los autores del siguiente pasaje: «*Algunos paleoantropólogos utilizan el término homínido en un sentido muy amplio para referirse a humanos, chimpancés, gorilas y los parientes fósiles de todo el grupo. Nosotros preferimos dar a la palabra homínido el uso más tradicional que incluye sólo a los seres humanos actuales y a todos los fósiles de nuestra propia línea evolutiva, es decir, posteriores a la separación de la línea de los chimpancés. Otros autores definen a los homínidos como los primates bípedos. Sin embargo, aunque es cierto que todas las especies con postura erguida entran dentro de nuestra definición de homínido, veremos a continuación que no sabemos aún con seguridad si los primeros homínidos ya caminaban de pie. Todos los bípedos son homínidos, pero puede que no todos los homínidos fueran bípedos*». Ignacio Martínez y Juan Luis Arsuaga: *La especie elegida*, p.75.

que, levantando un fémur que acaba dejando caer como un arma, *desordena* el homínido. Y lo revolucionario del hecho no es, evidentemente, que el instrumento inventado constituya una poderosísima arma frente a la cual no quepa defensa alguna por parte de las demás especies. No, el caos no lo introduce el instrumento en sí –un simple fémur– sino ese acontecimiento mental que tras de él se esconde, al que hemos llamado *pensamiento*.

Pensando el homínido inventó el arma, y *pensando* comunicó –aún sin haber inventado el lenguaje: ya llegaría su momento– ese descubrimiento a sus congéneres, que, al actuar de forma cooperativa, multiplicaron la eficacia del invento. El arma no era, pues, el fémur sino el pensamiento, y fue éste el que desequilibró el *orden natural* a favor de una especie que, desde entonces, trata de reestablecer (¿en vano?) cierto *orden* en un lugar que, si un día apenas cubría los alrededores de una charca, hemos acabado extendiendo hasta los últimos confines de este planeta al que llamamos *nuestro mundo*.

3-. En busca de sentido: del medio natural al mundo humano

a. Medio natural vs. mundo humano: necesidad de darle un nuevo sentido a las cosas

Y esa denominación, la de *mundo*, que utilizamos para referirnos a *nuestro* planeta no es, como veremos, gratuita. Antaño, nuestros antepasados los primates –como cualquier otra especie animal– habitaban un *medio* natural en el que el instinto determinaba, sin tener conciencia de ello, su relación con todos los elementos de su hábitat, especialmente con los demás animales cuyo *medio* natural se confundía con el de aquellos primates.

La irrupción de ese arma a la que hemos llamado *pensamiento* supuso la ruptura del *orden* establecido en cada uno de los *medios* naturales de las especies que compartían el hábitat con nuestros antepasados. Esa ruptura fue progresiva, desde luego, pero no por ello menos drástica: aunque podamos considerar limitadas las consecuencias del uso instrumental de un simple fémur, no olvidemos que ese no es sino un primer ejemplo –el de nuestro relato– de una larga serie de instrumentos con los que los homínidos primero y, más tarde, los humanos hemos ido transformando el *medio* natural de todas y cada una de las especies de este planeta *nuestro*.

Por otra parte, esa transformación de los *medios* naturales de las demás especies, aunque incluso para muchas de ellas haya supuesto su extinción, en nada es comparable con la que sufrió el *medio* natural de nuestros antepasados, ya que, estrictamente hablando, dicho *medio* desapareció (o, mejor, fue desapareciendo) desde el momento en que comenzamos a pensar. ¿Por qué? Pues precisamente por eso: por el hecho de que, en la vida de los homínidos, el *pensamiento* fue ganando terreno al *instinto*, dejando éste de determinar de forma exclusiva el devenir vital de nuestra especie.

¿En qué se diferencia la vida de los actuales tapires de la de aquellos otros que convivieron con nuestros antepasados los primates? Pues, en el fondo, si descontamos que allá donde hoy habiten estarán amenazados por ese gran depredador que es el ser humano, su *medio* natural no habrá cambiado sustancialmente, llevando una vida en gran parte semejante a la de los tapires que los precedieron.

Si comparamos, a su vez, nuestra actual vida humana con la de los primates o los homínidos de los que procedemos el cambio, sin embargo, es radical: y lo es porque, desde que se inició la hominización, comenzamos a abandonar el *medio* natural en el que nos guiaba el instinto para iniciar la colonización de un *mundo* en el que nada tenía *sentido* y a todo teníamos que otorgárselo utilizando la razón y la libertad que evolutivamente íbamos adquiriendo.

«Pensar –según Albert Camus– es, ante todo, querer crear un mundo (o limitar el propio, lo que equivale a lo mismo). Es partir del desacuerdo fundamental que separa al hombre de su experiencia para encontrar un terreno de armonía conforme a su nostalgia, un universo encorsetado con razones o aclarado por analogías que permitan resolver el divorcio insostenible» entre el hombre y el *medio* natural que originariamente habitara⁴.

4 Albert Camus (1951): *El mito de Sísifo*, p.132. Aprovecho esta nota para señalar que mi contraposición entre *medio* animal y *mundo* humano, clave en el desarrollo de todo este libro, está inspirada en las tesis de Max Scheler (1928): *El puesto del hombre en el cosmos*, especialmente el &II, «Diferencia esencial entre el hombre y el animal», pp.53-66.

Esta labor, la de dar racional y libremente *sentido* a las cosas para crear un *mundo* que reemplazara el *medio* natural que se iba diluyendo bajo nuestros pies, hoy podemos juzgarla una odisea de la que, en tanto que seres humanos, tendemos a sentirnos relativamente orgullosos. Sin embargo –dado que cualquiera de nosotros ha pasado por malas rachas en las que *el mundo se nos caía a los pies*–, no nos debería costar demasiado ponernos en el pellejo de aquel homínido que comenzó a tomar conciencia de que todo lo que instintivamente había tenido *su lugar* –con el tapir podía convivir, pero del leopardo debía huir, valgan estos dos ejemplos– había quedado descolocado, *desordenado*, y a todo tenía que darle un nuevo *sentido*: ¿sigo respetando al tapir –pudo preguntarse–, debo seguir huyendo del leopardo?

Esa inicial carencia de sentido es el *caos* al que nos referimos al afirmar que, antes que reestablecer *orden* alguno (con la recuperación de la charca), nuestros antepasados habían *desordenado* el hábitat en el que iniciaron su hominización. Y ese *caos* –según venimos argumentando– afectó, más que a cualquier otra especie, a la nuestra, pues a esas primeras preguntas que hemos atribuido al homínido a título de ejemplo, seguro que no tardaron en sumarse otras muchas a las que no le resultaría sencillo encontrarles repuesta.

Sería una labor imposible elaborar un catálogo completo de tales preguntas; pero, para mostrar la complejidad de la tarea que afrontaron nuestros antepasados, vamos a reflexionar sobre un par de cuestiones que –aunque ausentes del relato en el que nos venimos basando como guía de nuestras reflexiones– seguro que no tardarían en plantearse.

Imaginemos –para mostrar cómo surgió una de ellas– a nuestro protagonista, ya dotado de pensamiento, observando como a su alrededor van muriendo, por unas u otras causas, sus congéneres... ¿Qué pudo, de esta manera, llegar a cuestionarse? ¿de qué empezó a tomar conciencia? De un hecho que no tardaría en presentarse con toda su crudeza: el hecho de que a él también le aguardaba la muerte, por mucho que su inventiva le permitiera aplazarla algún tiempo. No es raro, desde esta perspectiva, que se haya caracterizado al ser humano –entre un amplio repertorio de definiciones– como “*el único animal que tiene conciencia de la propia muerte*” y, en consonancia con esto, como “*el animal triste*”... Ignoro de cuánto *sentido* habían ya dotado a su *mundo* nuestros antepasados cuando hicieron este descubrimiento; pero me arriesgo a afirmar que, al tomar conciencia de la propia muerte –igual que nos ocurre a cualquiera de nosotros–, una parte importante de su *mundo* se vino abajo y debieron afrontar su reconstrucción desde una perspectiva muy diferente a esa inocente conciencia de inmortalidad con la que viven los animales o con la que vivimos en la infancia⁵.

Y si tomar conciencia de la propia muerte implicó grandes cambios en la percepción del *mundo* de los homínidos, no debieron ser menores los producidos por otro hecho que, sin estar presente en el relato fílmico, puede deducirse del mismo si ampliamos el abanico de las consecuencias derivadas de sus imágenes. Pensemos, para empezar, en la naturaleza del primer invento: un arma, instrumento de defensa y sobre todo –como muestra el relato– de ataque, de muerte. Con el arma, el homínido mata al tapir y, aunque de otra especie, a un pariente evolutivo suyo: al líder del otro grupo de primates... ¿No se deduce de esta sucesión de hechos quién moriría, tarde o temprano, bajo el peso de esa u otra arma inventada por los homínidos? La historia nos lo cuenta con citas tristemente famosas: cuando Hobbes, por ejemplo, sentenció (casi como moraleja de una fábula: que lo perdonen los lobos...) que «*el hombre es un lobo para el hombre*» anunciaba «*la explotación del hombre por el hombre*» que más tarde denunciaría Marx. Y ambos se limitan a reflejar una actitud humana que permite afirmar, sin arriesgarnos demasiado, que la siguiente víctima del homínido fue otro homínido: un semejante. Este hecho, matar a un semejante, inauguró una luctuosa tradición

b. Ejemplos de la pérdida de sentido: la conciencia de la muerte y la insociable sociabilidad humana

5 «*Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es saberse inmortal*», afirma Jorge Luis Borges (1949): «El inmortal», en *El Aleph, Obras completas*, vol. I, p.540. En su primera parte, la cita avala mi tesis; sobre la segunda, en tanto que *mortal*, no puedo pronunciarme.

que se ha perpetuado en nuestra especie reflejando, de forma extrema, esa actitud que –superando con creces lo que se le asemeje en cualquier otra especie animal– vamos a denominar el *egoísmo* humano o, utilizando una paradójica expresión de Kant, «*la insociable sociabilidad de los hombres: es decir, su inclinación a formar sociedad que, sin embargo, va unida a una resistencia constante que amenaza perpetuamente con disolverla*»⁶. Una *insociabilidad* que los homínidos comenzaron a ejercer cuando *pensaron* –erróneamente tal vez, pero también para errar servía el *pensamiento*, abandonada la inconsciente seguridad que determinaba el instinto– que no era necesario compartir lo que incluso se había conquistado de forma cooperativa. Desde esta perspectiva, algo importante ocurrió en ese *mundo nuestro* que estaban comenzando a construir los homínidos: *nuestro mundo* se transformó en *mi mundo* para cada homínido, en muchos *mundos individuales* cuyas constantes colisiones exigían inventar algo que contrarrestara los efectos de las armas y de otros instrumentos hasta entonces inventados.

¿Qué pensaron los homínidos como respuesta a esa *insociabilidad* que amenazaba su *sociabilidad*, su convivencia (y así su supervivencia) como especie? ¿qué inventaron para consolarse de su conciencia de la propia *muerte*? Sobre esta invención y aquella respuesta nos ocuparemos en el siguiente capítulo, guiados por otro ilustre inventor –éste ya humano: sólo 25 siglos distante de nosotros– que nos suministrará *más madera* para ampliar nuestras reflexiones⁷.

c. Grandeza y miseria del animal humano

Pero antes de hacerlo quiero transcribir unos versos que, en pocas palabras, resumen toda la grandeza y toda la miseria de ese animal creador de *mundos* sobre cuya odisea terrestre pretendo reflexionar. Los versos son de Alexander Pope, y al animal humano lo retratan así...

«Colocado en el istmo de un estado intermedio,
un ser oscuramente sabio y rudamente grande:
demasiado instruido para la perspectiva escéptica,
excesivamente débil para el orgullo estoico,
perennemente indeciso entre actuar y vacar;
dudando si considerarse un Dios o una bestia;
sin resolverse a preferir su mente o su cuerpo;
pero nacido para morir, y expuesto a errar;
sumido en la ignorancia, pero con una razón
capaz de pensar demasiado poco o en exceso:
caos de pensamiento y pasión, todo confundido,
verdugo y víctima a la vez;
creado a medias para elevarse, a medias para caer;
gran señor de las cosas, pero presa de todas ellas;
único juez de la verdad, mas en lucha sin fin con el error;
la gloria, la sal y el enigma del mundo»⁸.

→ Actividad* I.1.B: A. Revilla,
A. Martínez y R. Méndez

6 Inmanuel Kant (1784): «Idea de una historia universal en sentido cosmopolita», en *Filosofía de la historia*, p.46. En el artículo de Ignacio Sotelo objeto de la Actividad IV.H se puede encontrar una breve explicación del significado atribuido por Kant a esa «*insociable sociabilidad*» humana a la que acabo de hacer referencia.

7 Concluyo este capítulo omitiendo cualquier referencia a aquel extraño *monolito* al que, sin negarle un importante papel en el relato fílmico, deliberadamente he olvidado en mis reflexiones. Justificaré esta omisión recurriendo a la célebre respuesta del físico Laplace, quien afirmó –preguntado por el emperador Napoleón– que, respecto a la explicación del orden del cosmos, desde el punto de vista científico «*Dios es una hipótesis innecesaria*». Pues bien, algo así podríamos decir respecto al monolito que co-protagoniza los inicios del proceso de hominización en la película de S. Kubrick. Reconociendo, desde luego, el derecho de los guionistas a introducirlo en el hilo argumental de su historia, podemos preguntarnos, no obstante, si la presencia del monolito respondía a una necesidad argumental en el contexto científico en el que pretenden situar su narración fílmica.

Personalmente, opino que no. La presencia del monolito en la película de Kubrick me parece igualmente «*una hipótesis innecesaria*». Bajo cualquiera de los dos sentidos que, a mi juicio, podemos atribuirle –la participación de una divinidad o, de acuerdo con el argumento del conjunto de la película, de alguna inteligencia ajena al proceso evolutivo en el inicio de la hominización– considero que sugiere la intervención de una fuerza *extra-terrestre* en un proceso que la ciencia ya ha explicado sin recurrir a ese tipo de hipótesis.

Ni defiendo ni rechazo –desde mi agnosticismo– la posible intervención de un dios para explicar el origen del universo, como tampoco la hipótesis –planteada en algunos círculos científicos– de que la vida sobre este planeta pudiera haber tenido sus orígenes fuera del mismo; pero no me parece plausible a la luz de los conocimientos científicos –sean los actuales o los que se tenían allá por 1968, año en el que se estrenó la película– sugerir, aunque se disfrace de *monolito*, que la inteligencia humana no fuera un producto más del proceso evolutivo, sino la donación de un dios o el regalo (¿envenenado?) de seres extraterrestres.

8 Alexander Pope: versos de *Un ensayo sobre el hombre* (1732-1734), citados en Manfred Kuehn: *Kant*, p.580.

último hecho apuntado? Si los políticos que podemos elegir, sean los que sean, tienen un marco preestablecido en el que gobernar, si los *finés* ya están predefinidos por quienes no elegimos, ¿qué más da que gobiernen unos u otros? No es raro que, en este contexto, acabemos pidiéndoles a los políticos que, ya que no pueden o no quieren ejercer como tales, sean al menos buenos gestores, *tecnócratas* eficientes en la descafeinada labor que desarrollan¹⁶³.

→ Actividad* IV.F: R. Montero

Al igual que los pasajeros humanos de una máquina (la nave Discovery I) delegaron su suerte en otra máquina (Hall) sin conocer siquiera cuál era el destino de su odisea espacial, ¿acaso los pasajeros de esta otra *máquina* (el planeta Tierra) no nos hemos puesto en manos de unos *maquinistas* (los *tecnócratas*) que ignoran, sin preocuparles en exceso, a qué puerto deben conducirnos? Criogenizados tres de aquellos pasajeros, *infantilizados* gran parte de nosotros, tanto en su caso como en el nuestro parece que hayamos renunciado, no ya a decidir, sino incluso a preguntar sobre cuál pudiera ser nuestro destino colectivo: la fábula cinematográfica de S. Kubrick reitera, una vez más, su moraleja.

→ Actividad* IV.G: F. Parra

Y detrás de esta claudicación, de la renuncia a exigirles a nuestros políticos que nos digan en qué *dirección* nos mueven –rectificándoles si lo juzgamos oportuno– se esconde, a mi juicio, el más grave error que podemos cometer los ciudadanos. Si habitamos un mundo cada vez más *tecnificado*, si se ha tecnificado desde nuestra locomoción hasta nuestra comunicación, desde cómo nos divertimos hasta cómo nos educamos, llegando incluso a hacerse presente la técnica en territorios hasta hace poco casi vírgenes –pensemos, por ejemplo, en la reproducción humana–, ¿no ha llegado el momento de tirar de las bridas a ese caballo desbocado, no con el afán de detenerlo, pero sí de que galope hacia donde democráticamente decidamos?

Seguramente sí, pero será inútil intentarlo mientras no logremos desinfectar, en lo posible, un ámbito que jamás deberíamos haber permitido que lo contaminara la técnica: me refiero, como es evidente, a la política y a su única expresión auténtica, la democracia.

→ Actividad* IV.H: I. Sotelo

Haber permitido que el justificado anhelo de *democracia* degenerara en mera *tecnocracia* no sólo es, por lo demás, el más grave error que hemos cometido como ciudadanos; sino incluso, yendo más lejos, el error más fatídico en que hemos incurrido como seres humanos. Intentaré demostrar el sentido de esta afirmación –que se desprende de todo lo expuesto a lo largo de este libro– realizando un rápido recorrido por las argumentaciones que he desarrollado, labor que nos servirá igualmente –echando así el cierre en este último capítulo– para sintetizar lo esencial de nuestras reflexiones sobre la *Ventura y desventura del animal humano*.

5-. Ventura y desventura del animal humano

a. La degeneración en *tecnocracia* de la *democracia*: argumentación desde el conjunto de *Ventura y desventura del animal humano*

b. Cap. I.1-I.2: La subordinación de los *medios técnicos* a los *finés políticos*, imprescindible para construir democráticamente un mundo humano

Si comenzamos pensando en positivo, ¿cuál ha sido, desde nuestros orígenes evolutivos, nuestra principal *ventura* como animales humanos? De la mano de S. Kubrick –en el Capítulo I.1– la resumimos en haber ido adquiriendo las capacidades necesarias para construirnos un *mundo humano* diferente del *medio natural* que habitaron nuestros antepasados más remotos. El uso de estas capacidades no sólo permitió asegurar su supervivencia a las especies de homínidos que nos precedieron, sino que posibilitó con el tiempo que la nuestra llegara a ser la especie hegemónica sobre este planeta. En cuanto a la *desventura* de esta odisea terrestre, inicialmente cabría destacar que comenzar a *pensar* cómo construir nuestro *mundo* significó abandonar el abrigo del *instinto*, guiados por el cual habitábamos nuestro *medio natural* con la despreocupación de un pez en el agua. Que nos juzguemos, en este contexto, animales *insatisfechos* parece estar justificado: desde entonces tratamos de poner *orden* allá donde el *caos* se instala hurtándole a las cosas su *sentido*; desde entonces

163 Dos de los artículos de prensa incluidos en el *Cuaderno de actividades* (carpeta D del C.D.) permiten reflexionar sobre lo que es y lo que *podría ser* la política: el ya reseñado (véase nota 85) de Nicolás Sánchez Durá (Actividad II.1.J), y el de Rosa Montero –«Políticos», en *El País*, 27-I-2004– de la Actividad IV.F. La novela *Ensayo sobre la lucidez*, de José Saramago, constituye por otra parte una *lúcida* alegoría sobre los peligros que amenazan a las democracias, algunos de los cuales analizo en este capítulo.

convivimos con la idea de que podríamos ser distintos de lo que somos, de que podríamos habitar un *mundo* diferente del que habitamos.

El desventurado comienzo de nuestra creación según el relato del *mito de Prometeo* –leído en el Capítulo I.2– es sólo aparente: fuimos la especie olvidada por los dioses, sí, pero a ese olvido debemos nuestra venturosa dotación de recursos. Una singular dotación que Platón desdoblara en dos formas de sabiduría, la *técnica* y la *política*, identificadas por nuestra parte con una racionalidad de *medios* y otra de *finés*. Esta asimilación nos permitió, apenas iniciada nuestra andadura argumental, precisar cuál podría ser la causa principal de nuestras venturas y desventuras: pensar o no pensar de acuerdo con la necesaria subordinación de los *medios técnicos* a los *finés políticos* que democráticamente estableciéramos. El peligro de que la *democracia* se disfrazara de *tecnocracia* ya estaba, desde aquellas primeras páginas, denunciado.

c. Cap. II.2: Crítica del antropocentrismo: reivindicación de la naturaleza humana

Esa dual sabiduría que Platón nos atribuye constituye, pues, el instrumental del que disponemos para construir nuestro *mundo*: una labor que, en el fondo, coincide con la de *hacernos* a nosotros mismos como pieza clave de aquella construcción. Ahora bien, ¿somos exclusivamente el resultado de lo que *hacemos* (o *hacen...*) con nosotros, o también *nacemos* con una *naturaleza* determinante de lo que podemos hacer? Nuestras reflexiones sobre lo *innato* y lo *aprendido* las sintetizaré –alterando el orden de los dos primeros capítulos– en los siguientes párrafos.

Recordemos, en primer lugar, la crítica que –en el Capítulo II.2– realizamos al *antropocentrismo* como errada elucubración que, a la luz del saber científico acumulado a lo largo de los siglos, desde hace tiempo resulta insostenible. No habitamos el centro del cosmos ni hemos sido creados a imagen de dios alguno; somos, por el contrario, un producto más de la evolución biológica, que ni siquiera puede enorgullecerse de actuar siempre de manera *consciente*. El animal humano no es, por lo demás, ni muy distinto genéticamente de otros muchos ni siquiera culturalmente único. Nuestro *mundo* lo construimos nosotros, desde luego, pero lo *hacemos* a partir de las capacidades *innatas* que determina nuestra *naturaleza*. Una *naturaleza humana* que permite explicar tanto lo desventurado como lo venturoso de nuestra existencia, pues a la par que impone límites a nuestro obrar le da alas, al llevar *genéticamente* inscritas todas nuestras capacidades.

d. Cap. II.1: La solidaridad y el ecologismo como presupuestos antinaturales de un finalismo específicamente humano

Estas reflexiones, posteriores a nuestra lectura del artículo de Cayetano López, no contradecían las conclusiones deducidas a partir de su presupuesto de contraponer *lo natural* y *lo humano*. En efecto, en el Capítulo II.1 no argumentamos desde la negación de una *naturaleza humana*, sino que nos limitamos a hacerlo desde aquello que especifica a *lo humano*, haciéndonos diferentes, sí, pero ni mejores ni peores que el resto de los seres vivos. Sin olvidar, por lo tanto, lo que tenemos de seres *naturales* –que determina una parte sustancial de nuestra conducta– reivindicamos la necesidad de introducir un *finalismo específicamente humano* en una naturaleza ajena a cualquier proceder *teleológico*. Esta reivindicación la precisamos, a su vez, en dos actitudes: la *solidaridad* entre los seres humanos y el *ecologismo* en relación con el entorno natural que nos cobija.

Como antagonista de nuestra postura criticamos al *darwinismo social*, doctrina que pretende dar justificación teórica a las diferentes formas de explotación del hombre por el hombre que históricamente ha conocido la humanidad. Entre otras objeciones conviene recordar que acabamos acusándolo de *antropocentrismo*: ¿qué tiene de especial la especie humana –nos preguntamos– para que si se conduce de forma *natural* pueda sustraerse de las desastrosas consecuencias que, antes o después, reserva para cualquier otra especie el *mecanicismo* de la naturaleza? El alegato de los *darwinistas sociales* a favor de que imitemos en nuestro obrar el proceder natural podemos, además, denunciarlo ahora como parcial: mientras que no renuncian a que hagamos uso de nuestro saber *técnico*, su apuesta por la supervivencia de *los más aptos* sí que margina nuestra sabiduría *política*. Nos tropezamos así, una vez más, con ese desventurado destino que nos acecha: aunque bajo su encarnación actual (el *capitalismo*) abogue por una

democracia formal, en los presupuestos del *darwinismo social* subyace el peligro de reducir la *democracia* a mera *tecnocracia* al servicio de los más fuertes.

¿*Solidaridad* y *ecologismo* como sabia expresión *democrática* de nuestra sabiduría *política* o, por el contrario, seguimos plegándonos a los dictados *tecnocráticos* de quienes se juzgan *los más aptos*? Si en nuestra indagación –Capítulo II.3– sobre la posibilidad de que existiera en nosotros algo semejante a una *moralidad innata* hubiéramos obtenido resultados positivos, tal vez podríamos confiar –a imitación de Platón– en que aquella *innata* tendencia obrara a través nuestro *humanizando* definitivamente este *mundo mal globalizado*. Sin embargo, antes que esa confianza platónica, nuestras conclusiones nos revelaron que era Kant quien se hallaba en lo cierto cuando nos habló de la *insociable sociabilidad* de los hombres. Desde este paradójico presupuesto, no pudiendo esperar que nuestra *naturaleza* obre de forma determinante a favor de una auténtica *democracia*, parece obligado que –como ya nos aconsejara C. López– la construyamos nosotros haciendo uso de las facultades específicamente *humanas*: la razón y la libertad, de acuerdo con su tópica denominación, o la sabiduría *técnica* y la *política*, si insistimos en la que adoptamos desde que leímos a Platón.

Bajo el título genérico de «*Respuestas a la pregunta qué es un mundo*», en el tercer bloque temático reorientamos nuestra narración adoptando una nueva perspectiva. Conscientes de que postular la existencia de un *mundo humano* no era sino un recurso argumentativo sin referente real, abandonamos el tono épico que veníamos asumiendo al relatar la humana odisea terrestre reemplazándolo por un tono más bien lírico. La *humanidad* no ha construido *mundo* alguno, sino que ha sido más bien cada *individuo humano* quien, a semejanza de una araña, ha segregado no sólo uno, sino cuantos *mundos* ha necesitado para intentar dotar de *sentido* a su vida. Se lamentaba Jaime Gil de Biedma de que él no deseaba ser *poeta* –como de hecho lo fue, y de los mejores del pasado siglo–, sino *poema*: rimar las horas de sus días, darles *sentido* configurando un *mundo* habitable, antes que las palabras de sus versos. A este lírico anhelo de *sentido* parece responder cada gesto humano.

La desventura del *hombre-araña* consiste, por lo demás, en que jamás da plena satisfacción a ese anhelo, circunstancia que justificó –todavía en el Capítulo III.1– que juzgáramos equivalente calificarlo como animal *insatisfecho* y como animal *enfermo*. El remedio para su enfermedad –el déficit de *sentido*, la inestabilidad de su *mundo* que nunca acaba de rimar como los versos de un buen poema– lo hallamos en aquello que era a la par el origen de sus males: el seductor recurso a los *medios técnicos*, frecuentemente venenoso... ¿Cómo deshacer este hechizo, cómo desenredar este entuerto? Sencillamente –tenga poco o mucho de sencillo– tomando conciencia de que lo que el hombre ha hecho lo puede deshacer el propio hombre. Si la realidad de nuestro *mundo* no es otra que la que *técnicamente* –apenas condimentada con algo de *política*– hemos construido, en nuestras manos debe hallarse la posibilidad de cambiar o destruir las realidades que no nos satisfagan.

Esta labor presupone, desde luego, tomar conciencia de qué *medios técnicos* nos tienen hechizados, de cuáles y en qué medida nos envenenan, para a continuación otorgarle a cada uno de ellos sólo la realidad que contribuya a hacer más habitable nuestro *mundo*, más satisfactoria nuestra vida. Al usar así los diferentes *medios técnicos* –que no significa, en principio, renunciar a ellos– estaríamos aplicando aquel criterio de verdad que en su momento tomamos prestado de F. Nietzsche: «la verdad es la especie de error *sin la cual no podría vivir una determinada especie de seres vivos*. *El valor para la vida decide en última instancia*».

La actitud de Sísifo –tal y como fue descrita en el Capítulo III.3¹⁶⁴, en cuanto imagen alegórica de cierta concepción del ser humano– muestra lo que impli-

e. Cap. II.3: ¿Existe una predisposición moral innata en el ser humano?

f. Cap. III.1: La técnica como fármaco del animal insatisfecho: el valor para la vida como criterio de verdad

g. Cap. III.3: La actitud vital de Sísifo como paradigma humano

164 En este rápido recorrido por el hilo argumental del conjunto del libro omito toda referencia al Capítulo III.2, en el que indagamos hasta qué punto podíamos considerar la infancia como una etapa de letargo en la que, antes que un *mundo*, habitamos un *medio* (*humano* excepcionalmente) semejante al que disfruta instintivamente cualquier animal. No llegamos a conclusiones definitivas sobre la infancia, pero lo que sí supusieron estas reflexiones fue un relajado paréntesis en nuestro desarrollo argumental, que, aunque las justificaba, no las exigía hasta el extremo de hacerlas imprescindibles. Esta es la razón de su ausencia en la recapitulación que ahora estoy realizando, pues me estoy limitando a sintetizar los principales argumentos expuestos.

caría asumir hasta sus últimas consecuencias el citado criterio: desterrar de nuestro mundo a los dioses que lo anegaron «con la insatisfacción y la afición a los dolores inútiles» [83-84]. No expulsamos así el dolor, tan humano como el placer, y la insatisfacción que nos es connatural tal vez sólo la mitigemos; pero sí desterramos a aquellos dioses, a aquellos monstruos que el sueño de la razón (*soñadora* a la par que *dormida*) ha ido produciendo para enfermar *inútilmente* la condición humana. Unas *divinidades* –expresión todas ellas de nuestro saber *técnico* (o *político*)– que si nos enferman en vez de posibilitarnos una vida más saludable, en tanto que monstruosos errores deberíamos enterrarlas si deseamos habitar, *bienaventurados*, el reino de la tierra.

h. Cap. IV: ¿Pensamos realmente los seres humanos? Dificultades de afirmarlo al constatar que la democracia es sólo el disfraz de la tecnocracia

Cerrando el círculo que desde el principio tenía previsto recorrer, en este último capítulo hemos retornado a la película *2001* que dio el primer empujón a nuestras reflexiones. Siguiéndole el juego a Kubrick, tras dar un rodeo hechizados por la posibilidad de que pudieran llegar a pensar las máquinas, acabamos considerando si realmente *pensamos* nosotros mismos... Y hemos pensado, entre otras cosas, que la amenaza que como metáfora representa Hal –en esa alegoría de variadas lecturas que es el relato filmico de Kubrick– puede materializarse en nuestras vidas de las más diversas maneras, pues el mundo humano que nos hemos visto impelidos a construir es en gran medida un mundo técnico.

Que muchos de los artificios con los que hemos poblado este mundo, más que posibilitar que lo habitemos, lo que hacen es convertirlo en un lugar inhabitable podría ser peligroso, pero sólo relativamente peligroso... Y así sería el peligro, *relativo*, si no hubiéramos permitido que nuestra racionalidad *política* –y su mejor expresión institucional: la democracia– también cayera en las redes de la técnica, permitiendo que se convirtiera en racionalidad *instrumental*, en otro de los muchos artificios técnicos que nos seducen engañosamente. El mundo humano es –como hemos apuntado– un mundo técnico; pero también debería ser un mundo político, en el que las instancias políticas determinaran los fines a los que deben atender los medios técnicos. Lo dramático es que, al permitir que la democracia degenera hasta transformarse en un instrumento más, ¿desde qué instancia se determinarán aquellos fines, desde cuál se arbitrarán las soluciones que permitan superar las desventajas que –junto a las múltiples ventajas, no las olvido– genera lo que acriticamente llamamos progreso técnico? ¿Podemos confiar en que los *tecnócratas* resuelvan los problemas que generan algunos técnicos, siendo como son lobos (u ovejas, igual me da) de la misma camada?

6-. Malos tiempos para la lírica, pésimos para la épica

a. La democracia como el más bello sueño de la razón humana

«*El sueño de la razón* –según anotó Goya en uno de sus grabados– produce monstruos». El humano anhelo de una convivencia democrática no se cuenta, desde luego, entre tales monstruos. Ahora bien, ¿ha sido en la práctica algo más que otro sueño de la razón, quizás la más hermosa de sus *ensoñaciones*, pero jamás materializada por esa frecuente tendencia de la razón a destrozarse sus sueños o a quedarse *dormida*?

A esta razón en duermevela hay que atribuir su realización parcial: el denunciado imperio de la racionalidad *técnica* que ha sojuzgado a la racionalidad *política*. No se trata, pues, de que la *democracia* –como vengo apuntando– haya degenerado en *tecnocracia*, sino que más bien ha sido ésta la única que ha imperado, a lo largo de los siglos, enmascarando de muy diversas formas su tiranía.

Por ello, aunque la democracia no sea un monstruo, sí que tiene mucho de monstruoso confundirla con lo que se nos pretende vender como tal cuando sólo es, en el fondo, un mero procedimiento técnico más. Otros disfraces políticos de la *tecnocracia*, como las dictaduras, son monstruosos en sí mismos. Si además lo son las democracias, tal y como se han materializado históricamente, se debe a que bajo su bondadosa apariencia ocultan el perenne gobierno de la técnica, ubicándonos en un puerto ficticio que se nos presenta como expresión de nuestras más elevadas aspiraciones políticas. Se predica entonces el fin de la historia, el ocaso de las ideologías, y con la excusa de haber realizado nuestro más bello sueño, de habitar el (jamás visitado) paraíso de la redención, se nos anima a dejar de soñar otros mundos no vaya a ser que se derrumbe éste que

Anexo 2-. Índice de contenidos del C.D. *PENSAR SIN MULETAS. Materiales didácticos*

No demano gran cosa...

A-. PENSAR SIN MULETAS. Introducción

A1-. Índice general [8 páginas]

A2-. Interlocutores de estos materiales [6 páginas]

- 1-. Bibliografía
 - 1.1-. Ensayo
 - 1.2-. Artículos de prensa
 - 1.3-. Obras de consulta
 - 1.4-. Literatura
- 2-. Materiales audiovisuales
 - 2.1-. Películas y documentales
 - 2.2-. Canciones
 - 2.3-. Pintura
 - 2.4-. Humor gráfico

A3-. Presentación de los materiales didácticos [4 páginas]

- 1-. Génesis de *Pensar sin muletas*
- 2-. Descripción de los contenidos de las carpetas
- 3-. Contenidos de los archivos de materiales didácticos

B-. ¿PENSAR SIN MULETAS? Materiales para el alumno

B1-. ¿Pensar sin muletas? Orientaciones didácticas para el alumno [6 páginas]

- 1-. Muletas para pensar
- 2-. Un *libro* (con textos), no un *libro de texto...*
- 3-. ...Y un C.D. de materiales didácticos

B2-. Ventura y desventura del animal humano. Esquema de sus contenidos [7 páginas]

- 0-. Consideraciones previas
- 1-. Esquema de los contenidos del libro

B3-. La digestión filosófica (o cómo estudiar Filosofía para evitar su indigestión) [4 páginas]

- 0-. Consideraciones previas
- 1-. La digestión filosófica
 - 1.1-. Introducción: el estudio como un iceberg
 - 1.2-. Trabajo en el aula
 - 1.3-. Trabajo en casa
 - 1.4-. El examen: la *punta del iceberg*

B4-. Modelo de Revista de prensa [→ AA.B4]^a / [5 páginas]

- 1-. Presentación del modelo
- 2-. Modelo de Ficha de documentos de prensa
- Apéndice 1-. Consideraciones didácticas para el profesor
- Apéndice 2-. Cartel para la Revista de prensa

B5-. Modelos de Comentario de textos [16 páginas]

- 1-. Presentación del modelo
- 2-. Modelos de Comentario de textos
 - 2.1-. Modelo E.S.O.
 - 2.2-. Modelo Bachillerato
- 3-. ¿Qué hacer con un texto?
 - 3.1-. Lectura comprensiva: subrayado
 - 3.2-. Esquema o anotaciones marginales
 - Apéndice 1-. Consideraciones didácticas para el profesor
 - Apéndice 2-. *Herramientas para comentar textos*

B6-. Modelo de Ficha de lectura [→ AA.B6] / [5 páginas]

- 1-. Presentación del modelo
- 2-. Modelo de Ficha de lectura
- Apéndice-. Consideraciones didácticas para el profesor

^a Hago así referencia [→ AA...] a los archivos que he denominado *alterables*: con idéntica denominación se encuentran también en la carpeta del anexo final con un formato que permite cambiar sus contenidos para adaptarlos a las necesidades o criterios del profesor o para facilitar su utilización por parte del alumno.

B7-. Modelo de Disertación filosófica [12 páginas]

- 1-. Presentación del modelo
- 2-. Modelo de Disertación filosófica
 - 2.0-. Temas de Disertación
 - 2.1-. Modelo de Disertación

Apéndice-. Consideraciones didácticas para el profesor

C-. PENSAR CON MULETAS. Materiales para el profesor

C1-. Pensar con muletas. Orientaciones didácticas para el profesor [4 páginas]

- 1-. Discurso del método
- 2-. Itinerarios para conocer el libro y sus materiales didácticos
 - 2.1-. Contenidos y enfoque de *Ventura y desventura del animal humano*
 - 2.2-. Primera aproximación a los contenidos del C.D. *Pensar sin muletas*

C2-. Consideraciones sobre el marco legislativo de la Filosofía en 1º Bachillerato

[→ AA.C2] / [11 páginas]

- 0-. Consideraciones previas
- 1-. Valoración de las novedades del marco legislativo de *Filosofía y ciudadanía*
- 2-. Justificación de mi propuesta didáctica para esta asignatura

Apéndice-. Marco legislativo estatal de *Filosofía y ciudadanía*

C3-. Plantilla para la programación didáctica [→ AA.C3] / [11 páginas]

- 1-. Plantilla para la programación
- 2-. Orientaciones sobre el uso de esta Plantilla
 - 2.1-. Consideración del horario lectivo
 - 2.2-. Capítulos del libro
 - 2.3-. Actividades de *El kiosko de las preguntas*
 - 2.4-. Temporalización de la programación

C4-. Plantilla para la temporalización de la programación [→ AA.C4] / [5 páginas]

- 1-. Plantilla para la temporalización
- 2-. Orientaciones sobre el uso de esta Plantilla
 - 2.1-. Consideraciones teóricas
 - 2.2-. Supuesto práctico de temporalización de una programación

C5-. Propuesta de un modelo de examen [5 páginas]

- 1-. Presupuestos didácticos
- 2-. Modelo de examen con disponibilidad de materiales
- 3-. Resultados académicos con este modelo
- 4-. Ejemplos de preguntas

C6-. Propuesta de criterios de evaluación [→ AA.C6] / [5 páginas]

- 0-. Características y presupuestos de estos criterios
- 1-. Criterios de evaluación
 - 1.1-. Evaluación continua durante el periodo lectivo
 - 1.2-. Evaluación extraordinaria de Septiembre

C7-. Propuesta de cuestionarios de evaluación para el alumno [→ AA.C7] / [7 páginas]

- 0-. Las razones del alumno
 - 1-. Cuestionario de evaluación final
 - 2-. Cuestionario trimestral de evaluación
- Anexo a &2-. Hoja de seguimiento del cuestionario trimestral

D-. EL KIOSCO DE LAS PREGUNTAS. Cuaderno de actividades ^b

I-. EL ANIMAL INSATISFECHO

1-. El amanecer del hombre [5 páginas]

- 1-. Huesos o armas, primates y homínidos

→ **Actividad I.1.A-. Stanley Kubrick: *El amanecer del hombre***

- 2-. Del orden al caos: inconvenientes de pensar
- 3-. En busca de sentido: del medio natural al mundo humano

→ **Actividad* I.1.B-. A. Revilla, A. Martínez y R. Méndez: *Otras herramientas para construir mundos***

2-. Sobre los medios y los fines humanos [6 páginas]

- 1-. La especie olvidada por Epimeteo

→ **Actividad I.2.A-. Platón: *El mito de Prometeo***

- 2-. Meditación sobre la insuficiencia de la técnica
- 3-. Apología de la política
- 4-. Servidumbre política de los medios técnicos

→ **Actividad* I.2.B-. Manuel Vicent / Vicente Verdú: *Dioses***

→ **Actividad* I.2.C-. John Stuart Mill: *Sobre la felicidad***

^b Se detalla a continuación –precisando a qué apartado del libro pertenecen– el conjunto de actividades de *El Kiosco de las preguntas*. Si va seguida de un asterisco (Actividad*), dicha actividad es *adicional* y, por lo tanto, sus textos no se recogen en el libro, sino sólo en este *Cuaderno de actividades* (carpeta D). En caso contrario (Actividad) sus textos sí se recogen en el libro, siendo en gran medida el apartado o el capítulo en el que se encuentran un comentario del texto correspondiente.

II- ¿NACEMOS O NOS HACEMOS HUMANOS?

1-. Lo natural y lo humano [25 páginas]

- 1-. ¿Renunciamos a la política imitando el proceder de la naturaleza?
- 2-. Exclusión de lo específicamente humano del ámbito natural
- **Actividad II.1.A-. Cayetano López: *Lo natural y lo humano***
- 3-. Teleología vs. mecanicismo de la naturaleza
- **Actividad* II.1.B-. Mark Haddon: *Un accidente muy especial***
- **Actividad* II.1.C-. Aristóteles: *Las manos, herramientas de nuestra inteligencia***
- 4-. Crítica del darwinismo social
- **Actividad* II.1.D-. Daniel Innerarity: *La violencia difusa***
- **Actividad* II.1.E-. Ross Gelbspan: *Katrina y el cambio climático***
- 5-. ¿Es global la globalización? Capitalismo e imperio
- **Actividad* II.1.F-. Miguel Morey: *Sigue siendo Auschwitz***
- **Actividad* II.1.G-. Joseph S. Nye: *El realismo progresista***
- **Actividad* II.1.H-. Susan George: *Razones para limitar el libre mercado***
- **Actividad* II.1.I-. Eduardo Galeano: *La escuela del mundo al revés***
- 6-. Solidaridad y ecologismo: presupuestos antinaturales de los fines humanos
- **Actividad* II.1.J-. Nicolás Sánchez Durá: *Naturaleza, cultura y “lucha ideológica”***
- 7-. Dificultades de excluir de lo natural lo específicamente humano
- 8-. Reinserción de lo específicamente humano en lo natural

2-. Humanos, ¿demasiado humanos? [12 páginas]

- 1-. Miseria histórica del antropocentrismo
- 2-. ¿Somos genéticamente tan distintos?
- 3-. ¿Somos culturalmente únicos?
- 4-. ¿Por qué podemos aprender lo que aprendemos (a hablar, por ejemplo)?
- **Actividad* II.2.A-. Víctor Gómez Pin: *Palabra sin Dios***
- 5-. El animal a medio hacer
- 6-. Reivindicación de la naturaleza humana
- **Actividad II.2.B-. G. Pico della Mirandola / Jesús Mosterín: *Dos concepciones antagónicas de la condición humana***
- 7-. ¿Qué somos: algo más o algo menos que el resto de los seres vivos?
- **Actividad* II.2.C-. Fernando Savater: *El animal inacabado***
- 8-. ¿Podemos concebirnos libres e iguales si reconocemos nuestras predisposiciones innatas?
- **Actividad* II.2.D-. Virginia Wolf: *Una habitación propia***

3-. El animal socialmente insociable [30 páginas]

- 1-. ¿Existe una predisposición moral innata en el hombre?
- 2-. Darwin: la génesis evolutiva del sentido moral a partir de los instintos sociales
- **Actividad* II.3.A-. David Whitehouse: *Los monos y el sentido de la justicia***
- **Actividad* II.3.B-. Víctor Gómez Pin: *¿Somos moralmente únicos?***
- 3-. Freud: la represión de nuestros instintos como origen de la moralidad
- **Actividad II.3.C-. Sigmund Freud: *El porqué de la guerra***
- **Actividad* II.3.D-. Alfred Hitchcock: *Marnie la ladrona***
- **Actividad* II.3.E-. Sigmund Freud / Edgar Allan Poe: *Culpa y remordimiento***
- 4-. Skinner: ni nacemos ni nos hacemos, nos hacen
- 5-. Lorenz: ¿podemos inhibir nuestra innata agresividad?
- **Actividad II.3.F-. Konrad Lorenz: *Sobre la agresión***
- 6-. La Sociobiología: el altruismo como egoísmo genético
- 7-. Dawkins: genes, memes y libertad
- **Actividad* II.3.G-. Juan Cueto: *Noticias de Dios***
- **Actividad* II.3.H-. Ángela Boto: *¿Está Dios en los genes?***
- **Actividad* II.3.I-. Ignacio Ramonet y Ramón Chao: *McDonald's***
- **Actividad* II.3.J-. Alessandro Baricco: *Beethoven vs. McDonald's***
- **Actividad* II.3.K-. Juan Antonio Rivera: *¿Pueden tener derechos los memes?***
- 8-. ¿Nacemos, nos hacemos, nos hacen?
- 9-. Nacemos, nos hacen... pero nos hacemos

III-. RESPUESTAS A LA PREGUNTA QUÉ ES UN MUNDO

1-. El hombre como araña [28 páginas]

- 1-. Qué es un mundo y cuántos mundos hay
- **Actividad III.1.A-. Ernesto Sabato: *Sobre héroes y tumbas***
- 2-. Mundos y universos simbólicos
- **Actividad* III.1.B-. Michel Onfray: *La carne cristiana***
- **Actividad* III.1.C-. Galileo Galilei: *Abjuración ante la Inquisición***
- **Actividad* III.1.D-. Rembrandt / Leonardo da Vinci: *El cuerpo y la sangre de Adriaen het Kint***
- **Actividad* III.1.E-. Ramón Sampedro: *El esclavo de Sócrates***
- **Actividad* III.1.F-. Juan de la Colonia: *Edicto de expulsión de los judíos***
- **Actividad* III.1.G-. Carme Riera: *Quién soy yo***
- **Actividad* III.1.H-. Emilio Lledó: *¿Poder decir lo que pensamos o poder pensar lo que decimos?***
- 3-. El animal enfermo
- 4-. ¿El arte como fármaco?
- 5-. La técnica como fármaco
- **Actividad* III.1.I-. Gerard Vilar / José Saramago: *La venturosa y desventurada locura de Alonso Quijano***
- **Actividad III.1.J-. Cecilia: *Un ramito de violetas***

2-. La infancia de Sísifo [17 páginas]

- 1-. Un medio excepcionalmente humano
- 2-. Niños y homínidos
- 3-. Niño girando en el tiovivo
- **Actividad III.2.A-. Walter Benjamin: *Niños***
- 4-. El primer juego de construcción del niño
- **Actividad* III.2.B-. Unai Elorriaga: *Las cosas que no entendía***
- **Actividad* III.2.C-. Matthew Lipman: *Las preguntas del niño***
- **Actividad* III.2.D-. Luis Landero: *¿Posees ya uso de razón?***
- **Actividad* III.2.E-. Rosa Montero: *El peso de la inocencia***
- 5-. ¿Quieres que te cuente un cuento?
- **Actividad III.2.F-. Bruno Bettelheim: *Los cuentos de hadas y el conflicto existencial***
- 6-. ¿A quién quiero parecerme?
- 7-. Colorín, colorado...
- **Actividad* III.2.G-. François Truffaut: *El pequeño salvaje***

3-. Ventura y desventura de Sísifo [18 páginas]

- 1-. El mito de Sísifo
- **Actividad III.3.A-. Albert Camus: *El mito de Sísifo***
- 2-. El sueño de la razón produce monstruos
- **Actividad III.3.B-. Francisco de Goya: *El sueño de la razón produce monstruos***
- **Actividad* III.3.C-. Rosa Montero: *Las utopías llevan un infierno en la barriga***
- **Actividad* III.3.D-. Haruki Murakami: *La responsabilidad empieza en los sueños***
- 3-. Sísifo el bienaventurado
- **Actividad* III.3.E-. Rosa Montero: *Buena gente en tiempos del mal***
- **Actividad* III.3.F-. José Saramago: *Josefa y Jerónimo, mis abuelos***
- **Actividad* III.3.G-. Gustavo Martín Garzo: *Las cosas que nunca existieron***

IV-. INTELIGENCIA ARTIFICIAL: ¿PODEMOS PENSAR LOS HUMANOS?

- 1-. Humanos y máquinas
- **Actividad IV.A-. Stanley Kubrick: *Máquinas y humanos***
- 2-. ¿Pueden pensar las máquinas?
- 3-. Gallinas lecheras y vacas ovíparas

- **Actividad* IV.B-. Giovanni Sartori / Vicente Verdú: *¿Homo sapiens vs. Homo videns?***
- **Actividad* IV.C-. François Brune: *Mitologías contemporáneas***
- **Actividad* IV.D-. José Ramón Palacios García: *¿Adónde va el Ave, tan deprisa?***
- **Actividad* IV.E-. Carlos Alonso Zaldívar: *Por si acaso, desconfíe de Matrix***
 - 4-. ¿Democracia o tecnocracia?
- **Actividad* IV.F-. Rosa Montero: *Políticos***
- **Actividad* IV.G-. Fernando Parra: *La línea Plimsoll de la nave tierra***
- **Actividad* IV.H-. Ignacio Sotelo: *Pensar por sí mismo***
 - 5-. Ventura y desventura del animal humano
 - 6-. Malos tiempos para la lírica, pésimos para la épica
- **Actividad* IV.I-. Vicente Verdú / Nicolás Fabelo González: *El papel del pecado en la época sin Dios***
- **Actividad* IV.J-. Juan Cueto: *Mi cuota de CO₂***
- **Actividad* IV.K-. Joseph S. Nye: *El poder creciente de las ONG***
- **Actividad* IV.L-. Juan Antonio Rivera: *Órdenes y desórdenes espontáneos: los subproductos colectivos***

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA LIBROS. Un epílogo provisional

- 1-. La biblioteca de Babel
- 2-. La vuelta al mundo en ochenta mundos
- **Actividad* Ep.A-. Alberto Rodríguez Tosca: *Mi reino por una pregunta***
 - 3-. Recuerdos del porvenir

E-. LA TRASTIENDA DEL KIOSKO. Actividades complementarias

Actividad AC.1-. Muchos rotos y algunos otros descosidos (humor gráfico) [22 páginas]

- 1-. ¿Qué hacer con un Roto, qué con cualquier descosido?
- 2-. Muchos *rotos* y algunos otros *descosidos*

Actividad AC.2-. Revista de prensa [7 páginas]

- 0-. Nota previa
- 1-. Ejemplos de Ficha de documentos de prensa
 - 1.1-. Ficha de un artículo periodístico
 - 1.2-. Ficha de una carta al director
- 2-. Propuesta de actividades

Actividad AC.3-. Comentarios de texto [119 páginas]

- 0-. Nota previa
- 1-. Ejemplos de Comentario de texto
 - 1.1-. Texto comentado con el Modelo E.S.O.
 - 1.2-. Texto comentado con el Modelo Bachillerato
 - Apéndice-. Resumen del segundo ejemplo
- 2-. Propuesta de textos para comentar
 - 2.0-. Consideraciones sobre la selección de textos
 - 2.1-. 42 Textos tomados en préstamo de *El kiosko...*
 - 2.2-. ...Y otros 49 textos exclusivos de su *Trastienda*

Actividad AC.4-. Fichas de lectura [22 páginas]

- 0-. Nota previa
- 1-. Ejemplos de Ficha de lectura
 - 1.1-. Ficha de lectura de *El viento de la Luna*
 - 1.2-. Ficha de lectura de *Walden Dos*
- 2-. Lecturas recomendadas
 - 2.1-. Ensayo
 - 2.2-. Literatura

Actividad AC.5-. Disertaciones filosóficas [30 páginas]

- 0-. Nota previa
- 1-. Ejemplos de Disertaciones filosóficas
 - 1.1-. Disertación 1ª: *Lo innato y lo aprendido en el ser humano*
 - 1.2-. Disertación 2ª: *Vivir la muerte*
- 2-. Propuesta de temas para Disertación
 - 2.1-. Temas relacionados con *Ventura y desventura del animal humano*
 - 2.2-. Otros temas de Disertación filosófica

Anexo. CARPETA DE ARCHIVOS ALTERABLES

AA.B4-. Modelo de Revista de prensa [3 páginas]

AA.B6-. Modelo de Ficha de lectura [2 páginas]

AA.C2-. Consideraciones sobre el marco legislativo de la Filosofía en 1º Bachillerato
[6 páginas]

AA.C3-. Plantilla para la programación didáctica [7 páginas]

AA.C4-. Plantilla para la temporalización de la programación [2 páginas]

AA.C6-. Propuesta de criterios de evaluación [3 páginas]

AA.C7-. Propuesta de cuestionarios de evaluación para el alumno [5 páginas]